

HISTORIA POLÍTICA: SIGLO XIX

Martín QUIRARTE
Universidad de México

EL PROPÓSITO DEL AUTOR de este ensayo es dar una visión impresionista de la forma en que se ha tratado la historia política del siglo XIX en los últimos 25 años. Inútil es decir que no tiene pretensiones eruditas y aun cuando las tuviese sería imposible expresar demasiado en unas cuantas páginas.

Como este trabajo no es un resumen bibliográfico, faltan figuras que a juicio de ciertos lectores podrían ser consideradas como representativas de una tendencia o de una doctrina. Las omisiones que se encuentren se explican por la falta de espacio y no como fruto de una mala intención.

Al examinar la obra historiográfica de los últimos 25 años lo que sorprende es la forma desigual como se ha abordado el siglo XIX. Se ha penetrado con bastante profundidad en el período de la Independencia y de la Reforma. Con mucho mayor ahínco se ha sondeado la época porfirista. Pero la etapa que va de 1821 a 1854, la Intervención Francesa y el Segundo Imperio apenas si se han explotado.

ES INDUDABLE QUE DESPUÉS de la publicación de la Historia de México de don Lucas Alamán, no se ha publicado una obra de conjunto sobre la Independencia, que supere o iguale siquiera a la del insigne retrógrado. Por más severamente que se juzguen los defectos de sectario de Alamán, por graves que sean sus errores de interpretación, hay una cosa que permanece en pie: la obra de Alamán sigue siendo la mejor fuente de información para el estudio de la Independencia.

Pero esto no quiere decir que sobre tal movimiento revolucionario no se hayan hecho en los últimos cinco lustros trabajos

de la más alta importancia. Corresponde a Luis Castillo Ledón el mérito de haber realizado un estudio de los más completos que se han publicado sobre el gran caudillo insurgente y su tiempo. El autor de *Hidalgo, la vida del héroe*, peca sin embargo, por su marcada parcialidad. Obsesionado por la admiración que siente hacia su biografiado trata de presentarlo como la figura más insigne de la historia de México y no resiste la tentación de hacer comparaciones, procedimiento desde luego no muy digno de elogio.

Alfonso Teja Zabre se distingue por la profundidad de su crítica y la ponderación de sus juicios. En su libro *Vida de Morelos*, aspiró a juzgar a su biografiado dentro del irreprochable dato histórico. Su Morelos auténtico con sus aciertos y sus errores, con sus grandezas y sus debilidades es más apasionante que la figura que han modelado sus panegiristas.

Por la elegancia de su estilo literario, por lo elevado y noble de sus reflexiones filosóficas, Luis Villoro ocupa un lugar de primer orden entre los que se han dedicado en los últimos tiempos al estudio de la época de la insurgencia. Su obra, *La Revolución de Independencia*, es un brillante ensayo en el que con gran poder de análisis y de síntesis, se hace el estudio de la vida política y social de México en el período de la insurgencia.

SOBRE LA ETAPA que comprende de 1821 a 1854, la más compleja de la historia del siglo XIX, se han publicado monografías, estudios parciales y biografías; pero faltan los trabajos de conjunto, las grandes síntesis. No podríamos sin embargo, negar que gracias a Luis Chávez Orozco, José C. Valadés y Jesús Reyes Heróles podemos tener una visión más o menos completa de grandes trechos de la historia política de este período.

Es curioso ver cómo el novelista Rafael F. Muñoz en su libro *Antonio López de Santa Anna* logra comprender la época que estamos examinando, colocándose por encima de todo rencor y logrando una objetividad verdaderamente admirable.

Entre la juventud del año 40, Arturo Arnáiz y Freg prometía una carrera triunfal. Su interpretación de la vida y la obra de Alamán parecía ser el preámbulo de una robusta producción historiográfica. De menos calidad crítica fue su trabajo sobre José María Luis Mora aparecido en 1941. En una y otra obra hay re-

lámpagos de ingenio. Aun los errores se antojan sofismas hábilmente elaborados. El estilo literario es de una suntuosidad mar-mórea.

Trabajos monográficos muy importantes sobre esta época han sido hechos por Jorge Gurría Lacroix, Carlos Echánove, Jorge Flores y Moisés González Navarro.

PERMÍTASEME UNA DIGRESIÓN, México es un país que se mueve por ritmos: Tenochtitlan es vencida por los españoles en 1521, exactamente tres siglos después consume su independencia política. En 1810 Hidalgo da el grito de Dolores, justamente un siglo más tarde estalla la Revolución contra Porfirio Díaz. Para estudiar nuestra historia, nos sujetamos también a ritmos. A veces esperamos la celebración de un centenario para revisar algunos sucesos de nuestro pasado.

Es innegable que desde los tiempos de Justo Sierra y de Carlos Pereyra, no se ha escrito un libro comparable por su poder de síntesis y la profundidad de sus reflexiones al monumental libro *Juárez, su obra y su tiempo*. Mas con motivo del centenario del movimiento de Ayutla, filósofos e historiadores hicieron trabajos importantes sobre la Reforma. Antonio Martínez Báez, Leopoldo Zea, Daniel Cosío Villegas, Moisés González Navarro y otros más contribuyeron con sus valiosas aportaciones al estudio de esta época.

Por su independencia de criterio, por su valor civil y por la profundidad de sus investigaciones, los trabajos de Agustín Cue Cánovas sobre la Reforma son merecedores del más justo elogio.

Predominó sin embargo, al analizar esta etapa histórica la tendencia liberal. Es curioso examinar la posición de los conservadores. Al hacer sus investigaciones han recurrido frecuentemente a la fuente documental liberal. Además, dominados por el odio hacia sus enemigos, prefieren atacar a éstos olvidando frecuentemente a sus propios caudillos o no dedicándoles la atención de que son merecedores.

Si escritores de tendencia liberal y conservadora no se dedican a estudiar a fondo la vida y la obra política de los retrógrados ¿es posible tener un concepto exacto de la historia de México?

Léanse trabajos como los de Carlos Sánchez Navarro, Mario

Mena, Jesús García Gutiérrez y Alfonso Trueba para comprobar con cuánta inquina se suele aún juzgar el movimiento reformista y a sus caudillos.

POCOS SON LOS QUE HAN querido comprometerse con el estudio de la Intervención Francesa y el Segundo Imperio. Algunos folletos y libros se publicaron con motivo del centenario de la victoria del cinco de mayo. Pero hasta la fecha no se ha hecho un estudio de conjunto que abarque los sucesos que van de 1861 al triunfo definitivo de la República. La historia política del Segundo Imperio apenas si ha sido abordada.

Tenemos que confesar con cierto sonrojo que hemos dejado a los extranjeros la gloria de redactar los dos libros más bien documentados que desde la publicación de *Juárez, su obra y su tiempo* se hayan publicado sobre la Intervención y el Imperio de Maximiliano.

Está muy lejos de mi ánimo negar al norteamericano Ralph Roeder el justo elogio que merece por haber escrito *Juárez y su México*. Quien dedicó unos dos o tres lustros de su vida fecunda y generosa al estudio de un país que no es el suyo, hablando de él siempre en tono señorial, bien merece un justo homenaje de respeto y admiración.

Me subleva en cambio que se publique un libro como *Maximiliano y Carlota* de Conte Corti, sin prólogo. No se puede negar que la referida obra es la más sólida que se haya publicado para analizar el Segundo Imperio desde el punto de vista europeo con documentación europea. Pero su autor escribió su ensayo biográfico con parcialidad notoria y con profundo desprecio hacia México y los mexicanos de todas las tendencias.

Sería una gran injusticia si dentro de esta breve reseña de libros, al tratar el período de la Intervención no se hablase de las obras de José Fuentes Mares. En estilo ágil, lleno de colorido y accesible a todos los públicos, el inquieto e incansable investigador analiza la vida y la obra de Juárez. Grandes trechos de la historia política del Imperio pasan por el tamiz analítico de Fuentes Mares. En no pocos momentos logra aciertos importantes. Pero se deja arrastrar demasiado por la ironía y hay en él cierta pasión iconoclasta.

Entre quienes en los últimos tiempos se han dedicado al estudio del período porfirista, destacan por el valor de sus investigaciones Daniel Cosío Villegas y José C. Valadés cuya obra será comentada en páginas posteriores.

SE HAN HECHO en los últimos cinco lustros importantes reediciones de libros fundamentales para el conocimiento de la historia política del siglo XIX. Son dignas de ser elogiadas ciertas reediciones como *La vida en México* de la marquesa Calderón de la Barca y el *México y sus revoluciones* de José María Luis Mora cuidadosamente anotadas y prologadas. Lamentable es que libros tan importantes como las *Obras sueltas* de Mora aparezcan sin ningún prólogo.

En los últimos tiempos han surgido multitud de revistas en las que se hacen reseñas de libros, análisis de acontecimientos históricos y juicios críticos del más alto valor. Es consolador comprobar que en estas revistas muchos de sus colaboradores aspiran a colocarse por encima de odios de facción.

Con aspiraciones a exponer el pasado de la manera más objetiva posible, con el propósito de lograr la mayor ponderación crítica se siguen publicando la *Revista de Historia de América*, *Cuadernos Americanos*, *Historia Mexicana* y *Anuario de Historia*.

No podría exponerse dentro de la limitada extensión de este ensayo toda la importancia de los trabajos publicados en la prensa periódica. Como personajes representativos entre los que han colaborado en este género de trabajos podían citarse a Jorge Flores, Vito Alessio Robles, José C. Valadés y Agustín Cue Cánovas.

Entre los diccionarios que han aparecido recientemente destaca el de la editorial Porrúa. Se ha acusado a los colaboradores de la parte relativa a la historia política, de seguir una conducta sectaria, de haber defendido una posición conservadora que en nuestro tiempo sería incurrir en un anacronismo imperdonable. Es injusto el reproche. Si algo preocupó a don Angel María de Garibay —director técnico de la publicación— fue el anhelo de colocarse por encima de toda bandería. El sectarismo en todo caso no está en las páginas del diccionario sino en muchos lec-

tores que juzgan con criterio subjetivo y que se sienten afectados en sus preferencias o antipatías.

Pero pese al anhelo de Angel María de Garibay de que los autores del diccionario se colocaran en la posición más objetiva posible era humano que no podría lograrse este propósito plenamente. De allí que se apresurara a dar una explicación al respecto:

Se dan los datos con mayor objetividad posible. O sea, no solamente exactos, sino también sin juicios ni examen crítico. Eso toca a cada lector hacerlo, ante la realidad de los hechos. Era inevitable en algunos casos que el autor de la cédula dejara de decir alguna forma de sentencia. Pero es raro ciertamente. Por respeto a la persona que redactó la noticia se deja, si no hay nada que pueda aparecer tendencioso.

LA PRODUCCIÓN DE TEXTOS escolares pasa por un período crítico. La mayor parte de los libros escritos con finalidades pedagógicas adolece de dos defectos capitales: éstos se han escrito con una tendencia sectaria o se emplea en ellos una erudición indigesta. Pero no carecemos de grandes libros de síntesis, obras en las cuales campean la seriedad crítica y la solidez científica. Las obras de José Bravo Ugarte pueden citarse como un modelo de poderío sintético. Discrepo de su posición ideológica, pero rindo homenaje al hombre de ciencia que en cuatro obras capitales ha podido acumular una potencia de veinte atmósferas.

Desde un plano de gran serenidad, sin odios de facción y siempre apegado a la más estricta seriedad científica escribió Silvio A. Zavala el tomo XI relativo a México independiente, de la colección sobre "Historia de América" publicada por la editorial Jackson.

EN LOS ÚLTIMOS TIEMPOS una escuela histórica ha logrado considerable número de adeptos. Los que forman parte de ella analizan la historia a la luz de la reflexión filosófica. Entre los más eminentes representantes de esta moderna interpretación destaca don Edmundo O'Gorman.

Para quienes no han analizado el método de trabajo de O'Gorman, el autor de *La idea de América* es un prestidigitador de las ideas que saca de su cabeza un mundo de reflexiones, sin

partir de una base documental suficientemente sólida. Quienes juzgan con tanta ligereza no se han puesto a pensar que el filósofo historiador maneja una montaña de documentación para construir cada una de sus páginas. Pero O'Gorman tiene el buen gusto de no presentar al lector todo el fardo de documentación que le sirvió para formular sus reflexiones. Ejemplos de la actividad de O'Gorman al juzgar la historia política del siglo XIX son sus trabajos sobre los antecedentes de la Revolución de Ayutla y sus reflexiones sobre Miguel Hidalgo y Costilla y el padre Mier.

Con sus libros ha dejado O'Gorman honda huella en la vida intelectual de México. Con su crítica ha abierto nuevos derroteros a la especulación historiográfica. Pero más importante que su obra escrita es su labor pedagógica. Muy generoso, no concibe vivir exclusivamente para sí, encerrado en su torre de marfil de pensador. Una legión de sus discípulos ha comenzado a trabajar siguiendo la ruta por él trazada.

Entre quienes escuchan a O'Gorman no han faltado los que, haciendo alarde de analizar la historia desde el punto de vista filosófico, carecen de seriedad científica. Y esta posición es excesivamente peligrosa. Pero de tal postura no tiene la mínima culpa O'Gorman que siempre somete a sus verdaderos discípulos a la disciplina más severa, pero dando el ejemplo de ser más severo consigo mismo que con nadie.

ENTRE LOS QUE SE HAN DEDICADO a lo que podríamos llamar la gran historia, esto es, quienes han juzgado grandes trechos de la historia política del siglo XIX podemos escoger como personajes representativos a Mariano Cuevas, Luis Chávez Orozco, José C. Valadés y Daniel Cosío Villegas.

Pocos hombres de los últimos tiempos han juzgado la historia de México con tanta pasión como el padre Cuevas. Pocos investigadores han contribuido tanto con sus odios de sectario a deformar nuestra historia. Mucho daño se ha hecho a México con esa aberrante posición historiográfica que busca la explicación de todas las calamidades que afligieron al país en la pasada centuria, en los actos de un solo partido político.

Al hablar de los acontecimientos de los primeros años del Mé-

xico independiente, la actividad de la masonería le inspira al padre Cuevas la confección de una fantástica leyenda. Para él todo se explica por la acción de un grupo tenebroso de traidores dispuestos a vender su patria a los Estados Unidos, que tienen todo un plan para destruir la religión de México y dominar a la nación económica y políticamente. Poseído por un odio que le impide reflexionar serenamente sobre los hechos, no puede concebir que los males padecidos por el país habíanse ocasionado también por actitudes de los mismos ministros de la Iglesia. Es verdad que dedica no pocas líneas a sacerdotes como Fray Servando Teresa de Mier, Miguel Ramos Arizpe y José María Luis Mora cuya conducta ataca severamente. Pero ¡cuántas páginas ha dedicado para hablar de todos aquellos actos del clero y de los seglares, que se mostraban adversarios de toda innovación por juzgaral heterodoxa y que haciendo ostentación de respeto a la religión, no vivían sujetos a la estricta moral a que debe estar sometida la vida de un católico!

En la descripción de los sucesos utiliza el padre Cuevas el lenguaje más exaltado, muchas de sus frases no sólo son indignas de un ministro católico, sino del hombre que posea la más elemental pulcritud. Sólo Francisco Regis Planchet ha podido consignar en sus libros líneas tan encendidas como las que Cuevas ha escrito en algunas de las páginas de la *Historia de la iglesia en México* y en la *Historia de la nación mexicana*.

Las fuertes pasiones del jesuita mexicano le han impedido ver todo lo que hay de grande y de noble en la vida de los reformistas.

Don Luis Chávez Orozco opuesto ideológicamente a don Mariano Cuevas, difiere también en cuanto a la manera de examinar el pasado. Sin odio hacia las grandes figuras del conservadurismo trata no de juzgarlos sino de comprenderlos.

Con indudables muestras de admiración y simpatía hacia el liberalismo, no oculta los grandes errores en que incurrieron los caudillos del progresismo. En sus libros *Ensayos de crítica histórica* e *Historia de México 1808-1832* hay una descripción dramática de los acontecimientos que conmovieron a México durante sus primeras décadas como país independiente, pero los hechos están narrados en un estilo siempre noble y digno.

VERDADERAMENTE CAUDALOSA es la obra de José C. Valadés. Si se buscara la razón fundamental que lo ha movido a escribir, no sería temerario decir que trata de encontrar incansablemente “los signos de la naturaleza nacional”, o con expresión menos plástica, el sentido de lo mexicano. Lo ha sublevado siempre lo que él llama el *extranjérismo*, y no es que lo ofusque la xenofobia: entiende por extranjero “no lo que nace y crece, brilla y triunfa más allá de nuestras fronteras y que muchos y muy útiles instrumentos de progreso nos ha proporcionado, sino lo que intenta, ya por creerse superior, ya por justificar una conquista, sobreponerse a nuestra naturaleza”. Siente la necesidad de que la historia de México se haga con criterio mexicano, porque hubo un tiempo en que los historiadores nuestros les interesaron más “los lauros extranjeros que las realidades de su país”.

Nacido Valadés al iniciarse el siglo, su formación intelectual tuvo lugar durante el período revolucionario. Desde el punto de vista historiográfico reaccionó contra la historia oficial del período porfirista por considerar que a la sombra de la dictadura se había elaborado una historia en gran parte contraria a la verdad y al espíritu cívico de México:

Fue durante el período porfirista cuando la historia oficial tomó sólido asiento. Hija de una innatural paz, esa historia fraguada por los adalides literarios del porfirismo, cubrió con el espeso manto de la autoridad ideas, hombres y hechos que parecían contrarios al ensalmado pacifista; y si conservó algunas figuras y pensamientos fue a guisa de adorno para sus páginas. Condenó, al mismo tiempo, todas las inquietudes —prodigio de los innúmeros pesares de un pueblo— para sembrar el escepticismo cívico, la desconfianza en la comunidad, el orden en las jerarquías, el desdén a las libertades, el desprecio a lo popular.

Leyendo esa historia oficial, crecimos odiando todo lo acaecido en nuestra patria en los dos primeros tercios del siglo pasado, puesto que los historiadores del Estado sólo nos hicieron conocer los horrores de la traición y del crimen, para realzar la magia pacifista.

¿Hasta qué grado es exacto el juicio de Valadés? Hablando de hombres que en el porfirismo se dedicaron al estudio de la historia del siglo XIX, bien podría decirse que Justo Sierra, Francisco Bulnes y Carlos Pereyra lograron sustraerse muchas veces

al influjo de esa historiografía oficial tan severa, pero tan justamente condenada por Valadés.

Cuando el propio Valadés penetró en el estudio de los dos primeros tercios del siglo XIX, trató de colocarse por encima de todo prejuicio político para asumir una actitud de verdadero historiador. Su juicio sobre las causas que provocaron la emancipación política de Hispanoamérica constituye sin duda alguna un gran acierto crítico:

No fue el deseo único de romper las cadenas que nos ataba a España, como asientan los trasnochados, lo que condujo a los americanos a la independencia. Otras causas encontrará quien estudie nuestra historia: las amenazas a una nacionalidad, el embarnecimiento de una economía, los asientos de una cultura religiosa, las profundidades de una moral, los progresos metalúrgicos, las enseñanzas de las letras, el desarrollo de las relaciones comunales, el entendimiento entre los hombres, los sistemas de trabajo, el culto de lo heroico, las desproporciones del placer, las necesidades del comercio, los principios de la libertad.

Con la firme convicción de que hubo grandeza humana tanto entre los caudillos liberales como conservadores lo mismo profun-
diza en figuras tales las de Juárez y Ocampo como en las de Gutiérrez de Estrada, Alamán y Santa Anna. Y es que está conven-
cido de que la historia es una disciplina del conocimiento a la que le está vedado "extirpar épocas e individuos". Y después de todo no hay por qué sonrojarse. Nuestra realidad histórica es más bella que todos los mitos y las leyendas que se han elaborado persiguiendo una finalidad fundamental política. Tratar de comprender es el deber supremo de un historiador. Gracias a su ecuanimidad, puede Valadés juzgar las personalidades tan opuestas como Alamán y Ocampo:

No se presentan en tales días más que dos caminos: o el de construir un Estado mexicano como base de la nacionalidad; o el de continuar en los aléteos de la buena ventura. Pudo hallarse un tercero: el de entendimiento. Mas a la mitad del siglo pasado todavía no ha llegado la hora de conquistar el desierto. Los hombres de Alamán y de Ocampo eran bellas, pero inestables imágenes. Por lo mismo, sus riñas en vez de avergonzarnos y desumirnos nos embelesan y nos traban. Sin aquellas batallas del siglo XIX, que eran hipos de la miseria y

no sevicia de la ruindad, hubiésemos seguido en las deliberaciones y disputas del proyectismo y continuaríamos ajenos a la grandeza ganada en los páramos.

Si se me pidiera que escogiese la mejor obra de José Valadés, me decidiría yo por *El Porfirismo, historia de un régimen*. Al hablar de este período histórico el autor no se dejó arrastrar por el magnetismo que sobre él pudiera ejercer el personaje central del drama. No lo dominó ni el odio ni el amor. Si en alguna de sus obras lo subjetivo y lo objetivo se disputaron la preeminencia del historiador, ha sido precisamente al escribir *El Porfirismo*. Valadés, que al hablar de Antonio López de Santa Anna, Lucas Alamán, José María Gutiérrez de Estrada y Melchor Ocampo con actitud casi de paternal tolerancia no pudo sustraerse a la fascinación que sobre él ejercieron dichos personajes hasta el grado de desconocer o no analizar algunos de sus graves errores; al juzgar al general Díaz no sucumbe a esta postura. Si de algo podía pecar es de exceso de severidad y no de benevolencia con respecto al forjador de la dictadura.

El régimen de la paz causó a México mucho mayor número de males que los que suelen comúnmente creer sus adversarios. Léase detenidamente el conjunto de censuras que hace Valadés a la administración porfiriana y se comprenderá con cuánta dureza ha juzgado al régimen. Mas Valadés no busca los defectos de un hombre y de su administración con odio de político o con afán de sectario, sino que escudriña 34 años de historia para encontrar explicaciones. Y en cerca de siete lustros descubre lo mismo grandezas que miserias.

Fue sin duda alguna, José Valadés el primer gran historiador que empleó para el estudio del régimen porfirista, métodos de investigación no usados hasta entonces por quienes del tema se habían ocupado. En la tarea de juzgar al general Díaz y a su obra varios escritores lo habían ya precedido. Con finalidades de panegirista y en vida de don Porfirio habían tomado la pluma Humberto Howe Brancoft, Bernardo Reyes y Juan Humberto Cornyn. A la caída de la dictadura Ricardo García Granados, José López Portillo y Rojas, Emilio Rabasa, Ramón Prida y Francisco Bulnes con mayor o menor acierto, unos con resentimiento

y otros sin él, habían intentado un esbozo crítico sobre el dictador y su tiempo. Por diferentes que hayan sido estos escritores entre sí había un rasgo común que los identificaba: la creencia de que la dictadura del general Díaz había sido una consecuencia obligada por la naturaleza misma del pueblo mexicano. La habían considerado necesaria durante los primeros años de su gobierno, pero todos se lamentaban de que el dictador no hubiese muerto a tiempo o no hubiese tenido la grandeza de alma suficiente para organizar políticamente al país, para que pudiera éste depender de sus leyes y no de sus hombres, como Bulnes dijera. ¿Tiene algo de extraño que al juzgar la dictadura estos autores pretendieran destacar el aspecto político del régimen? Nada más fácil que hacer la historia del porfirismo sin profundizar en las realidades económica y social del país. ¿Y qué decir de la historia diplomática, de la historia de la cultura de la que no hay el menor vestigio verdaderamente valioso en las obras que venimos examinando?

Cuando Valadés abordó el estudio del porfirismo no marchó por los senderos trillados. Tenía la suficiente competencia para manejar con admirable maestría múltiples ramos de la historia. Sería el primero que abordase desde un plano de alta seriedad crítica la historia diplomática, económica y política del porfirismo. Conocía con gran profundidad la evolución cultural así como las vicisitudes administrativas del régimen. Había estudiado además la historia institucional del México del siglo XIX. Pudo así ser en cierta forma el primer navegante de una ruta inexplorada. Orientó los estudios sobre el porfirismo hacia cauces enteramente nuevos. Hoy las investigaciones sobre este régimen han alcanzado una vastedad prodigiosa gracias a Cosío Villegas y su grupo. ¿Pero no es un gran mérito el haber sido el primero en haber abierto una brecha?

EL MÁS NOTABLE ESFUERZO que se ha realizado en los últimos años por estudiar la historia moderna de México, ha sido emprendido por Daniel Cosío Villegas. Hombre de poderosa energía y gran vigor dialéctico, auxiliado por un grupo de jóvenes colaboradores, ha llevado a cabo la obra analítica más importante que se haya hecho para elaborar la historia de lo que se ha dado

en llamar República Restaurada y Porfiriato. Quien ha luchado con tanto ahinco bien puede tener la satisfacción de mirar complacido los resultados de su siembra. Los investigadores surgidos a su sombra protectora comienzan a entrar en el período de la madurez intelectual y prometen alcanzar una brillantísima culminación. *La historia moderna de México* —siete tomos publicados hasta la fecha— están esperando aún al comentarista capaz de hacer un estudio crítico serio.

Una obra de tan vastas proporciones como la de Cosío Villegas es merecedora de ser comentada no en un folleto o en una serie de artículos, bien podría dedicársele un libro entero para señalarle los aspectos positivos y negativos. Quienes con tanta saña lo han censurado no han sido capaces de producir trabajos como *De Barradas a Baudin* y *Juárez discutido como dictador y estadista*, libros de polémica con los cuales Carlos Pereyra se propuso combatir a Francisco Bulnes en los comienzos del siglo.

Aun cuando Cosío Villegas puede manejar cualquier rama de la historia, ha sido la parte política el objeto de sus predilecciones. Desde que publicó *Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria*, anunció el comienzo de una gran batalla. Creo que en don Daniel hay dos personalidades que constantemente bregan entre sí: la del historiador y la del político. La primera le hace mirar las cosas tal como fueron, la segunda lo impulsa a reflexionar sobre lo que debió haberse hecho. Y ese ha sido el gran drama que desde hace más de tres lustros se desenvuelve en la conciencia de Cosío Villegas.

Al escribir el primer tomo de la *Historia moderna de México*, dedicado a la parte política de la República Restaurada, dominó a don Daniel el prejuicio de antipatía que siente hacia Porfirio Díaz. Y esta pasión, lógicamente redundante en perjuicio de la obra. Aprovecha cuantas ocasiones tiene para ridiculizar al general Díaz. Lo llama constantemente Porfirio a secas, para subrayar su desprecio. Dedicar unas cuantas páginas para hablar de las últimas administraciones de Juárez en un libro de más de novecientas. Los postreros años de gobierno del gran republicano, eran merecedores de ser narrados con una amplitud mayor. Pero le interesa censurar más a Díaz que tratar de explicar a Juá-

rez. El término mismo de "Porfiriato" para designar a un régimen, denota un odio preconcebido.

Pero a medida que Cosío Villegas ha entrado más y más en el conocimiento del régimen porfirista, ha ido cediendo ante la fuerza incontrastable de los hechos y ha sabido en múltiples ocasiones sustraerse a todo odio político. Yo lo aplaudo calurosamente cuando lo veo romper una barrera de prejuicios. Algunas afirmaciones de su "Séptima llamada particular" constituyen sentencias históricas que resisten el embate de las críticas más agresivas. Al analizar la historia económica y la política exterior del porfirismo, Daniel Cosío Villegas no puede menos que enfrentarse a ciertos prejuicios y los destruye con supremo acierto crítico:

¿Hasta qué punto, sin embargo, una situación de este género mermó realmente la libertad y la independencia del gobierno de Porfirio Díaz? ¿En qué medida desvió de verdad el curso de la vida nacional? Gran parte de la respuesta a estas dos preguntas que tanto preocuparon a los jóvenes mexicanos que vivieron en la época de Díaz, que contestaron con pasión y escaso juicio los líderes de la Revolución, y que hoy también dan por resueltas los jóvenes radicales, ha sido dada ya en los volúmenes v y vi de esta *Historia*, donde se estudió con detalle el manejo que hizo el Porfiriato de las relaciones exteriores en México. Quien los haya leído con atención, con inteligencia y sin partido tomado, habrá llegado a la conclusión de que no puede ser más grotescamente inexacta la conseja de que Porfirio Díaz fue un simple lacayo de los intereses extranjeros, sobre todo de los norteamericanos. Salvo, quizás, en el caso de la Bahía Magdalena, en que confió menos en su perseverancia y más en la sensibilidad del gobierno de Estados Unidos (sensibilidad que resultó ciega y sorda), Porfirio Díaz entendió los intereses nacionales y los defendió con eficacia. Jamás su postura psicológica y moral fue de desconfianza y menos todavía de miedo a Estados Unidos; pero algunos de sus colaboradores más cercanos. Ignacio Mariscal y José Ives Limantour, por ejemplo, fueron callada, firme, aun irracionalmente antinorteamericanos.

Luego, si Porfirio Díaz tuvo rasgos de grandeza en su política exterior, es lógico suponer que los tuvo también en su política interna. Será precisamente al escribir el VIII volumen de la *Historia moderna de México*, dedicado a la historia política del Porfirismo cuando Cosío Villegas tendrá que hacer los mayores es-

fuerzos para lograr el sentido de la equidad. Esto no quiere decir que debe ser benévolo, tiene el deber de ser justo. No se piense que trato de sugerir una regla de conducta. Respeto demasiado a don Daniel Cosío Villegas para incurrir en semejante desacato. Pero deseo sinceramente que, quien ha dedicado una buena parte de su vida a una actividad digna y generosa, cierre con broche de oro una carrera tan brillantemente emprendida.

CÉDULAS BIBLIOGRÁFICAS

ARNÁIZ Y FREG, Arturo, *Semblanzas e ideario*. México, UNAM, 1939.

ARNÁIZ Y FREG, Arturo, *Ensayos, ideas y retratos*. México, UNAM, 1941.

BRAVO UGARTE, José, *Compendio de historia de México*. México, Jus, 1962.

BRAVO UGARTE, José, *Historia de México*. México, Jus, 1953, Vol. III.

BRAVO UGARTE, José, *Historia de México. Relaciones internacionales, territorio, sociedad y cultura*. México, Jus, 1959.

CASTILLO LEDÓN, Luis, *Hidalgo, la vida del héroe*. México, Talleres Gráficos, 1948.

CUE CÁNOVAS, Agustín, *Constitución y liberalismo*. México, Problemas educativos de México, 1958. 2a. edic.: México, SEP, 1963.

CUE CÁNOVAS, Agustín, *El tratado McLane-Ocampo (Juárez, los Estados Unidos y Europa)*. México, 1959.

CUE CÁNOVAS, Agustín, *La reforma liberal en México*. México, Centenario, 1960.

CONTE CORTI, Egon Caesar, *Maximiliano y Carlota*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Historia moderna de México. La República restaurada*. México, 1955.

COSÍO VILLEGAS, Daniel, *Porfirio Díaz en la revuelta de la Noria*. México, Hermes, 1953.

CUEVAS, Mariano, *Historia de la iglesia en México*. México, Patria, 1947.

CUEVAS, Mariano, *Historia de la nación mexicana*. México, Talleres Tipográficos, 1940.

CHÁVEZ, Orozco, *Ensayos de crítica histórica*. México, 1939.

CHÁVEZ, Orozco, *Historia de México. 1808-1836*. México, Patria, 1947.

Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México. Director: Angel Ma. Garibay K. México, 1964.

ECHÁNOVE TRUJILLO, Carlos A., *La vida pasional e inquieta de don Crecencio Rejón*. México, 1941.

FUENTES MARES, José, *Juárez y el imperio*. México, Jus, 1963.

FUENTES MARES, José, *Juárez y la intervención*. México, Jus, 1962.

FLORES, Jorge, *José María Luis Mora. Un constructor de México*. México, SRE, 1963.

GARCÍA GUTIÉRREZ, Jesús, *Acción anticatólica en México*. México, Campeador, 1956.

GONZÁLEZ NAVARRO, Moisés, *El pensamiento político de Lucas Alamán*. México, El Colegio de México, 1952.

GURRÍA LACROIX, Jorge, *Trabajos sobre historia mexicana*. México, INAH, 1964.

MENA, Mario, *Un clérigo anticlerical*. México, Jus, 1958.

MORA, José María, *Obras sueltas*. México, Porrúa, 1963.

O'GORMAN, Edmundo, *Seis estudios históricos del tema mexicano*. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1963.

ROEDER, Ralph, *Juárez y su México*. 2 Vols. México, Talleres de Impresión de Estampillas y Valores, 1958.

TEJA ZABRE, Alfonso, *Vida de Morelos*. México, UNAM, 1959.

VALADÉS, José C., *Alamán, estadista e historiador*. México, Robredo, 1938.

VALADÉS, José C., *Breviario de historia de México*. México, Patria, 1949.

VALADÉS, José C., *El porfirismo. Historia de un régimen: El nacimiento*. México, Robredo, 1941. *El crecimiento*. 2 Vols. Patria, 1948.

VALADÉS, José C., *Don Melchor Ocampo, reformador de México*. México, Patria, 1954.

VALADÉS, José C., *El pensamiento político de Benito Juárez*. México, Porrúa, s. f.

VILLORO, Luis, *La revolución de independencia. Ensayo de interpretación histórica*. México, UNAM, 1953.

YÁÑEZ, Agustín (ed.), *José María Luis Mora: México y sus revoluciones*. México, Porrúa, 1950.

ZAVALA, Silvio, "México contemporáneo". *Historia de América*, dirigida por Ricardo Levene, Buenos Aires, Jackson. Vol IX (1941): *América contemporánea*, pp. 4-236.